

# Re-Señas de Libros

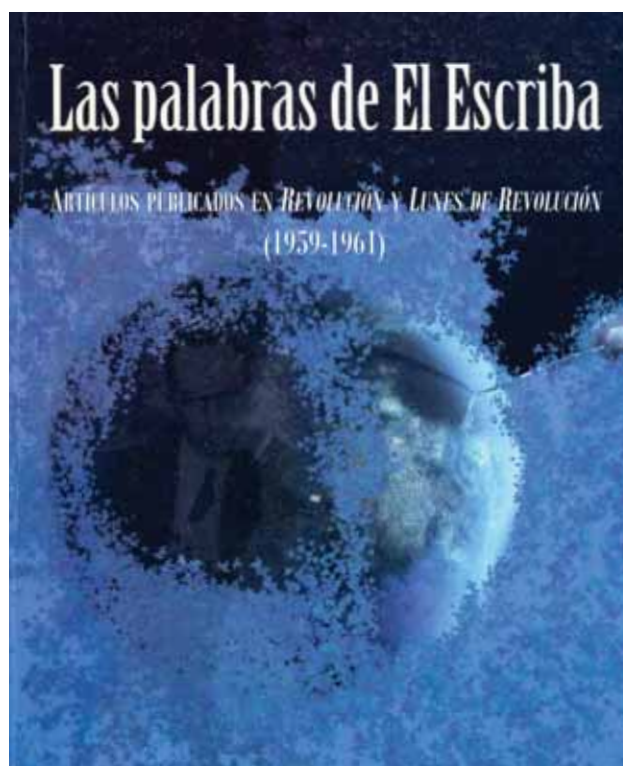
—• Por Jorge Domingo Cuadriello •—



» *Las palabras de El Escriba. Artículos publicados en Revolución y Lunes de Revolución (1959-1961)*. **Compiladores: Ernesto Fundora y Dainerys Machado.** La Habana, Ediciones Unión, 2014. 360 pp.

Dramaturgo, poeta, cuentista, traductor, novelista, crítico literario... Virgilio Piñera constituye en las letras cubanas no solo un autor de gran relevancia, sino un ejemplo de entrega personal a la literatura. Se podrá estar en desacuerdo con sus posiciones – muchas veces negadoras- y con su modo de mirar la realidad, en el que se mezclaba el absurdo, lo grotesco y el humor desacralizado; pero la calidad literaria de sus textos es innegable. El centenario de su natalicio, que se celebró en el año 2012, fue una buena oportunidad para reimprimir gran parte de su producción literaria. En esta ocasión los jóvenes investigadores Ernesto Fundora y Dainerys Machado vienen a proporcionarnos otro legado de Piñera, muy poco divulgado y de no escasa importancia: los trabajos que, muchas veces bajo el seudónimo de *El Escriba*, dio a conocer entre 1959 y 1961 en el periódico *Revolución*, “órgano oficial del Movimiento 26 de Julio”, y en su suplemento cultural hebdomadario *Lunes de Revolución*, que dirigió Guillermo Cabrera Infante y está considerado uno de los más importantes de su tipo en Hispanoamérica en el siglo XX.

Piñera comienza a publicar sus colaboraciones en esas páginas cuando ya cuenta con 46 años de edad, ha demostrado ser un dramaturgo, poeta y narrador digno de ser tomado en cuenta y tiene formado un criterio muy personal tanto de la creación literaria como de obras y figuras de las letras cubanas. Eran aquellos días de efervescencia revolucionaria, de



pasión y de excesos, de revalorizaciones y condenas, de exigencia de definiciones políticas. Y Piñera se sumó con entusiasmo a todo aquel movimiento. Desde su perspectiva irreverente e iconoclasta, de inconformidad e incluso de burla, a través de esos trabajos repartió elogios y, con mayor placer, no pocos bastonazos. Escribió con soltura sobre cualquier tema que lo motivara y lo mismo reseñó un libro que hizo comentarios sobre el movimiento teatral cubano, presentó sugerencias a las máximas autoridades de la cultura oficial y opinó acerca del proceso revolucionario, entonces en fase de expansión. Convertido en un saetero de la más implacable crítica literaria, atacó frontalmente a varios autores, entre ellos a Gas-

tón Baquero, Francisco Ichaso, Samuel Feijóo y Luis Amado-Blanco, así como la poesía de Lezama Lima de aquellos momentos. Al hispanista Chacón y Calvo lo llamó “cacique de la cultura cubana” (p. 186), desmenuzó la producción poética de Rubén Martínez Villena y tachó de “cursi” su conocida “Canción del sainete póstumo” (p. 258), condenó a los prestigiosos intelectuales Fernando Ortiz, Medardo Vitier y Ramiro Guerra por haber aceptado en 1958 una condecoración oficial del tirano Batista (p. 69), declaró que las obras teatrales de la Avellaneda pertenecían “a la historia del teatro español” (p. 274), calificó al *Diario de la Marina* de “negación de la inteligencia” (p. 132), de “infortunado libro” al estudio de Cintio Vitier *Lo cubano en la poesía* (p. 167) y de “soporífera” a la revista *Islas*, de la Universidad de Las Villas (p. 175). Llama la atención que, en cambio, se haya controlado mucho ante los representantes de la intelectualidad comunista en Cuba, a los que casi no alude, a pesar de que unos años atrás, desde la revista *Nuestro Tiempo*, Fornarina Fornaris, integrante de ese grupo, había criticado duramente su libro *Cuentos fríos y, por ejemplo, Conversación con nuestros pintores abstractos* (1958), de Juan Marinello, ofrecía un amplio espacio a la polémica.

Sin lugar a dudas en *Revolución*, arropado por Cabrera Infante, Antón Arrufat, Pablo Armando Fernández y otros jóvenes escritores amigos, se sintió a su gusto. Tuvo a su cargo la sección “A partir de cero”, coordinó varios números de *Lunes de Revolución*, en cuyas páginas publicó además tres obras de teatro suyas, así como sus traducciones de textos literarios. Fue designado también director de las Ediciones R y bajo ese sello editorial salieron impresos su volumen *Teatro completo* (1960), que incluyó fotos de las representaciones de algunas de esas obras, y la novela de su autoría *Pequeñas maniobras* (1963). Todo parece indicar que ingenuamente creyó entonces que había llegado por fin el momento de su redención personal, de su desquite por las humillaciones sufridas en épocas anteriores. No fue capaz de comprender que con sus reclamos de profundización del proceso revolucionario

y su exigencia de que cada cual se definiese políticamente, en el fondo estaba afilando el cuchillo para su propio pescuezo. Porque él se consideraba un revolucionario de posiciones antiburguesas y anticlericales, enemigo de la sociedad hegemónica que había comenzado a derrumbarse con el advenimiento del año 1959. Pero bebía té (no ron), jugaba canasta (no dominó), leía a Marcel Proust (no a Vargas Vila), vestía de traje y corbata (no uniforme de miliciano con botas), tenía modales delicados (no vulgares). Para los barbudos que acababan de bajar de la Sierra con los fusiles en alto, por su condición de escritor y de homosexual y por su cultura y su refinamiento, ajeno por completo al binomio obrero-campesino, era simplemente un representante más de la vieja clase, ya obsoleta, que resultaba necesario erradicar para la formación de un hombre nuevo verdaderamente revolucionario. No menos descartable resultaba para los miembros del Partido Socialista Popular (Comunista) Virgilio Piñera, cuyos principios ajenos al marxismo-leninismo hacían que fuera impermeable a un exitoso trabajo político-ideológico. Toda esta verdad se le plantaría delante, dramáticamente, pocos años después, cuando ya el fin de esta publicación significaba también, de acuerdo con el criterio de los compiladores, que respaldamos, la terminación “de una de las épocas más espléndidas de la vida intelectual cubana, donde proceso revolucionario y revolución verdadera en el campo cultural e intelectual habían marchado paralelos” (p. 16).

En cambio no coincidimos exactamente con ellos cuando afirman que Piñera fue en aquellos días un “ágil polemista” (p. 20). De entrada podemos preguntarles: ¿con quién sostuvo una polémica? No puede confundirse ataque con polémica, en la cual debe aparecer al menos una respuesta del otro. Y, hasta donde conocemos, ninguno de los zarandeados por este autor alzó la voz públicamente. Unos, como Gastón Baquero, por hallarse ya en el exilio; otros, como Francisco Ichaso, por estar detenidos, y muchos de los restantes por saberse en culpa o por no disponer

de un órgano en el cual ofrecer sus descargos.

Debemos reconocer que con estos artículos, de agudeza, incluso de agresividad poco usual entre nosotros, Piñera contribuyó en gran medida a animar el movimiento cultural cubano del período, aunque como escritor no hubiera sido consecuente con los principios que enarbolaba, pues por un lado hacía exhortaciones a buscar temas “en esa cantera ciclópea” que era la Revolución en toda su magnitud y, en lo individual, sus creaciones literarias las alejaba lo más posible de aquella cantera para permanecer fiel a sus asuntos y estilos anteriores (p. 107), como acertadamente anotan los encargados de esta compilación.

En una época de exaltación política en que algunos gritaban en las plazas: “¡Fidel, sacude la mata!” y otros susurraban en los pasillos: “Revolución sí; pero no tanta”, más le hubiera valido a Virgilio Piñera adscribirse a este reclamo de moderación. Pero se habían abierto las esclusas y él se salió de su cauce, como bien demuestran muchas de sus afirmaciones en estos artículos, que hoy, gracias a Ernesto Fundora y a Dainerys Machado, tenemos a nuestro alcance con todo un valioso cuerpo de notas aclaratorias, además, y con muy útiles índices que facilitan la localización de personajes y obras. Con *Las palabras de El Escriba...* sentimos más cerca, y con su plena estatura, a Virgilio Piñera.

» **González Laureiro, Julio César** *El pozo oscuro del presidio*. La Habana, Casa Editora Abril, 2015. 117 pp.

Probado está que una de las problemáticas sociales que los Estados modernos han sido incapaces de resolver radica en las cárceles, en las prisiones o en los recintos penitenciarios, como quiera llamárseles. Unas veces por el hacinamiento de la población penal y en otras por la violencia o la corrupción –carceleros incluidos-, que por lo general prevalece en esos espacios de evidente castigo y supuesta reeducación, el caso es que los presos, en particular los comunes, continúan ocupando uno de los escalones inferiores del entramado social y siguen padeciendo de una invisibilidad causada por el rechazo al crimen, los

escrúpulos morales y la complacencia mayoritaria en dirigir la vista hacia los aspectos más simpáticos y agradables de nuestro entorno. Los movimientos en defensa de los derechos de los homosexuales, de las lesbianas, de los animales y de las prostitutas, por ejemplo, han cobrado una notable fuerza en las últimas décadas, así como el trabajo comunitario en las favelas, con los portadores del virus del SIDA y con los hijos de los drogadictos. Sin embargo, no son muchos los que se aventuran a traspasar las rejas de un reclusorio para proporcionarles a los presos algún tipo de ayuda, material o espiritual.

El tema del presidio, con todas sus derivaciones humanas y legales, ha ocupado la atención de juristas, educadores y filántropos, fundamentalmente a partir del siglo XIX, y ha llevado a grandes penalistas, como los españoles Luis Jiménez de Asúa y Mariano Ruiz



Funes, a escribir varias obras con el noble propósito de hacer de las cárceles verdaderos centros de reeducación para lograr que los presidiarios sean rehabilitados. En nuestro país también existió un prestigioso penalista animado por iguales objetivos, José Agustín Martínez, autor del estudio *Eros encadenado (El problema sexual en las prisiones)*, publicado en 1938, y, de mayor importancia aún, del *Código de Defensa Social*, promulgado ese mismo año y considerado por Francisco García González y Julio César González Laureiro en su investigación *Presidio Modelo: temas escondidos* (2001) “de primer orden en el movimiento y progreso de la legislación criminal de todo el mundo” (p. 43). Precisamente este último autor mencionado, después de haber dado a conocer otros libros basados en la problemática carcelaria, entre ellos *La reforma penitenciaria: arquitectura, filantropía y control social* (2005), ahora nos entrega el que encabeza estos párrafos: *El pozo oscuro del presidio*.

Sus primeras páginas están dedicadas a ofrecer una visión general de las características de las prisiones en Europa y en los Estados Unidos en los siglos XIX y XX, pero seguidamente pasa al centro de su interés: los recintos penitenciarios en Cuba y en especial el ya desmantelado Presidio Modelo de Isla de Pinos. Profundo conocedor del asunto, en gran medida gracias a los años en que trabajó en su archivo y tuvo a su alcance incontables expedientes de penados, cada uno de ellos poseedor de intensos y diferentes dramas personales, esta vez nos acerca a esos espacios cerrados, en los que prevalece la sordidez, sin caer en los densos argumentos de los penalistas. En algunos momentos se apoya en los testimonios conmovedores de Pablo de la Torriente Brau y de Carlos Montenegro, y en otros narra de un modo conciso viejas historias, como lo ocurrido en Presidio Modelo tras el derrumbe de la dictadura de Machado, cuando de golpe desapareció en las famosas circulares el régimen de terror imperante durante años.

Por último nos expone sus conclusiones, que en modo alguno resultan optimistas: “La aspiración de

regenerar al preso, impuesta por la etapa filantrópica del reformismo penitenciario, es una de las aspiraciones incumplidas por la prisión desde el siglo XVIII y una utopía...”. “El encierro, lejos de resolver el problema criminal, lo agrava con el paso del tiempo... (p. 105). Y después de afirmar que a través del sistema de reeducación, iniciado en Cuba a principio de los años 60 del pasado siglo, no se han obtenido los resultados esperados (p. 106), hace un llamado a todos, padres y maestros, policías y jueces, para evitar caer en la cárcel.

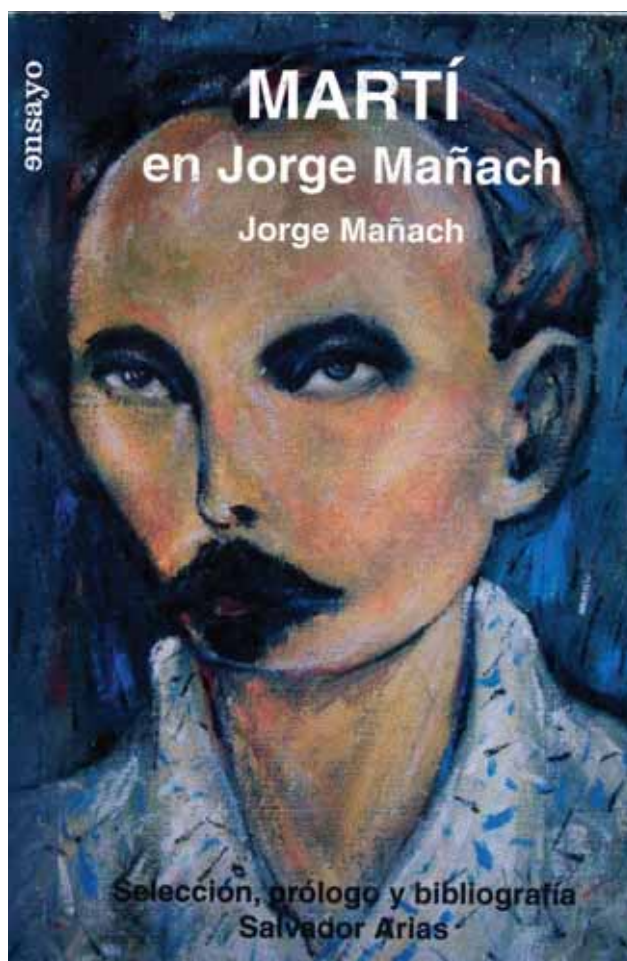
Después de la lectura de esta necesaria obra solo queremos exhortar a González Loureiro a que acometa la tarea de realizar la historia completa del Presidio Modelo, ya iniciada de modo brillante por Pablo de la Torriente Brau a través de sus valiosos testimonios. Materia para investigar existe, así como existen fuentes documentales accesibles, al menos hasta el triunfo de la Revolución. De seguro podría salir una obra grandiosa como resultado de ese esfuerzo.

» **Mañach, Jorge.** *Martí en Jorge Mañach. Selección, prólogo y bibliografía de Salvador Arias.* La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2014. 294 pp.

Otra vez Jorge Mañach se hace presente ante nosotros. En 2012 lo hizo gracias al estudio de Rigoberto Segreo y Margarita Segura *Más allá del mito. Jorge Mañach y la Revolución cubana*. Más tarde la joven investigadora Yusleidy Pérez Sánchez de nuevo lo trajo a la actualidad por medio de su libro *Jorge Mañach, el ABC y el proceso revolucionario del 30. 1920-1935*. Ahora vuelve otra vez a nosotros para demostrarnos su magisterio a través de de la valiosa compilación del experimentado y prestigioso investigador Salvador Arias *Martí en Jorge Mañach*. Como ya su título anuncia, consiste este volumen en una amplia selección de los textos dedicados a –o relacionados con- nuestro Héroe Nacional que a lo largo de los años el autor de la biografía *Martí, el Apóstol* dio a conocer por medio de la prensa periódica, principalmente el *Diario de la Marina* y la revista *Bohemia*. Gracias a las búsquedas realizadas por el también autor del prólogo y la muy útil bibliografía, que

se inserta al final, muchos podemos acceder hoy a artículos que en su momento gozaron de una amplia divulgación, como “Si Martí levantara la cabeza” (1949), “Pasión y muerte de Martí” (1953) y “Ahora, dejémosle descansar” (1954). Aunque debemos anotar que el primer esfuerzo hecho en Cuba para recuperar los escritos martianos de Mañach se debió a la profesora Ana Cairo, quien en 1989, cuando pocos se atrevían a mencionarlo, incluyó en su compilación *Letras. Cultura en Cuba* Nro. 1 el breve ensayo “Perfil de Martí”.

En la Introducción (sic) Salvador Arias afirma que la perdurabilidad de Mañach “está garantizada” (p. 5) y que “la historia de la recepción martiana en Cuba, no puede realizarse sin dedicarle un amplio espacio a la labor de Jorge Mañach” (p. 29), a quien también denomina “una de las más importantes figuras de la literatura cubana de la primera mitad del siglo XX”



(p. 30). Compartimos plenamente estas valoraciones suyas, que vienen a reforzar el proceso de auténtica recuperación de un prestigioso intelectual que tras su salida del país y su deceso poco después, en Puerto Rico, sufrió el repudio de la política cultural cubana, cuando no un imperdonable olvido. De igual modo creemos muy acertada esta apreciación suya: “A pesar de los reparos que se le han hecho, *Martí, el Apóstol* continúa siendo hoy día el mejor vehículo para un primer acercamiento general a esta figura” (p. 28). Incluso llega a calificar de “imbatible” (p. 29) a dicha biografía, que, sin embargo, en una época de mayor extremismo político y rigidez marxista fue tachada por el ensayista José Antonio Portuondo en su folleto *Martí y el diversionismo ideológico* (1974) de “peligrosísima, falaz” y de “ejemplo patente de diversionismo ideológico” (pp. 8 y 12).

Mas, por otra parte, Salvador Arias en estas palabras de inicio incluye juicios desacertados que exigen, a nuestro entender, una rectificación. El primero de ellos se halla en la pregunta que se hace, y a la vez nos hace, con respecto a Mañach: “¿Cómo un hombre que proyectó su vida desde posturas personales y políticas más bien conservadoras pudo sentirse tan atraído por el revolucionarismo (sic) tan radical de Martí?” (p. 8) Páginas más adelante apunta: “Al comienzo de este texto aludíamos al conservadurismo de Mañach...” (p. 21). Y, de modo colateral, acerca de su ruta política, anota: “Fue fundador y alma intelectual del partido político conocido como ABC, perfectamente encasillado dentro de un ámbito pequeñoburgués que, si bien ostentaba una definida postura nacionalista, no dejaba de ser bastante conservador en los aspectos social y económico” (p. 7). No nos explicamos por qué esa insistencia en asociar a este intelectual con la posición de un *conservador*. De acuerdo con el Diccionario de la Real Academia Española, la definición de conservador es: “Dicho de una persona, de un partido, de un gobierno, etc. Especialmente favorables a la continuidad de las formas de vida colectiva y adversas a los cambios bruscos o radicales”. ¿De

veras le encaja a Mañach esa catalogación? Si de veras hubiese sido un conservador no hubiese tomado parte en 1923, junto con Rubén Martínez Villena y otros jóvenes escritores, en la Protesta de los Trece, no hubiera sido uno de los principales animadores del Grupo Minorista y de la renovación artística y literaria que constituyó el movimiento vanguardista, jamás hubiera lanzado la clarinada que constituyó su conferencia “La crisis de la alta cultura en Cuba”, no hubiera llegado a ser uno de los principales dirigentes de la organización celular terrorista ABC, que combatió frontalmente la dictadura de Machado, después hubiera aceptado la militarización del país impuesta por el coronel Batista y así no se hubiese visto obligado a marchar al exilio. Más tarde se hubiera sentido muy complacido con la Constitución del 40 y no hubiera abogado a favor de cambios renovadores en Cuba, ni alzado la voz en contra de la corrupción de los gobiernos auténticos ni del golpe de estado de Batista, cuya tiranía también combatió. Creemos que con estos argumentos cae por su propio peso el erróneo calificativo de conservador asociado a Mañach, término que tampoco es válido en el caso del ABC, fundado en verdad por el abogado Joaquín Martínez Sáez, que transitó después hacia partido político y cuyos objetivos, muy bien delineados, podrán ser clasificados de nacionalistas y reformistas, pero nunca de conservadores, a no ser que se haga una interpretación caprichosa de ellos.

Por otro lado, esta pregunta de Salvador Arias también nos conduce a retrucarle con la siguiente: ¿Acaso por Martí, cuyos méritos personales e intelectuales casi alcanzan cotas de universalidad, solo pueden sentirse atraídos los que profesan un “revolucionarismo” radical? Su grandeza estriba, entre otros aspectos, en el magnetismo que encierra su pensamiento altruista, la calidad literaria de sus escritos y el ejemplo admirable de su vida. Por eso numerosos intelectuales lo admiran y, sin compartir obligatoriamente “revolucionarismo” alguno, se han entregado por completo al estudio de su obra y de su fecunda existencia. ¿Ejem-

plos? Manuel Pedro González, Félix Lizaso, Manuel Isidro Méndez, Iván Schulman, Alberto Baeza Flores, Carlos Ripoll...Y el valor de las páginas que ellos escribieron sobre el Apóstol no puede ser negado.

Además del concepto de *conservador*, Salvador Arias insiste varias veces en lo que considera *prejuicios* de Mañach. En un primer momento, de acuerdo con su estilo expositivo, nos pregunta: “Y, ¿hasta qué punto su comprensión de Martí se vio lastrada por prejuicios clasistas?” (p. 8), más adelante señala “prejuicios” de Mañach al intentar ofrecer un Martí integral (p. 21), para finalmente referirse a los “tradicionales prejuicios suyos inherentes a su formación socio-política y familiar” (p. 24). Asumiendo también nosotros ese estilo cuestionador, lanzamos la pregunta: ¿Por qué esa insistencia en los *prejuicios* de Mañach? Como cualquier otro hombre de aquel –y de este- tiempo pudo haber surgido en Mañach algún tipo de prejuicio, pero si observamos su trayectoria desde la niñez hasta la juventud apreciaremos que, lejos de permanecer en un ámbito más bien cerrado, pudo disfrutar de ambiente cosmopolitas: nació en Sagua la Grande, residió algunos años con sus padres en una localidad de Toledo, España, terminó los estudios universitarios en Harvard, Estados Unidos, y antes de establecerse en La Habana residió una temporada en París. Todas esas estancias tienen que haberle proporcionado una amplitud de conocimientos reñida con esos círculos cerrados que por lo general favorecen el surgimiento de prejuicios. Quizás estos sean válidos para explicar las actitudes de otros, pero no lo creemos así en el caso de los posicionamientos de Mañach, cuya amplia cultura infundía respeto. Más acertado nos parece buscar las razones de esos posicionamientos en los criterios a los que fue arribando a lo largo de sus estudios, que lo condujeron a simpatizar con algunas doctrinas y aborrecer otras.

En el esbozo que Salvador Arias realiza de la trayectoria política de este intelectual, declara que “aunque Mañach había sido opositor de Batista durante los años previos /a 1944/, parece que el halago que signi-

ficó ser nombrado en ese cargo importante /la Secretaría (sic) de Estado/ quebró sus probables escrúpulos” (p. 23). Al respecto debemos aclarar que ese puesto no lo asumió a título personal, como insinúan estas palabras, sino como figura relevante del ABC, partido que apoyaba entonces al gobierno constitucional de Batista y por el cual había resultado electo Senador. En cambio calla el prologuista que igual repudio podrían merecer Carlos Rafael Rodríguez y Juan Marinello, quienes en representación del Partido Socialista Popular (Comunista) también ocuparon en aquellos días cargos ministeriales, con la circunstancia agravante en el caso de este último de haber incluso sufrido prisión durante varios meses en el Castillo del Príncipe como consecuencia de la ola represiva desatada en 1935 por el coronel Batista. La segunda Guerra Mundial, en la cual Cuba estaba involucrada como país beligerante, llevó a la formación de aquel heterogéneo gabinete de Unidad Nacional, al que no era una deshonra pertenecer. Porque cuando la tripulación de los submarinos nazis atacó barcos mercantes cubanos no se detuvo a preguntarse si a bordo iban liberales, abecedarios, comunistas o auténticos. Les bastó con saber que eran cubanos para hundirlos.

Aunque Salvador Arias en su introducción no intenta ofrecer una amplia reseña biográfica de Mañach, sí le dedica algún espacio para trazarla; pero a veces con saltos tan grandes y con omisiones tan importantes que al cabo minimizan su quehacer cívico e intelectual. Esto lo apreciamos de modo más evidente en el párrafo con el cual despacha el período de su vida que se inició con el funesto golpe de estado de Batista en 1952 (p. 24). Si bien le reconoce su digna oposición a aquel acto de fuerza que pisoteó la Constitución y anota que en aquel año estuvo a punto de ser agredido físicamente en el asalto a la Universidad del Aire, que dirigía, por una brigada de porristas batistianos, asevera: “Tras esto Mañach elige el destierro”, lo cual no es cierto. Permaneció en La Habana y trató de mediar en las luchas intestinas que ocurrían en el seno del opositor Partido del Pueblo Cubano

(Ortodoxo), al cual pertenecía, tras el suicidio de su fundador, Eduardo Chibás. Ante el fracaso de su gestión se apartó de la Ortodoxia y en 1955 asumió la presidencia del Movimiento de la Nación, organismo cívico que pretendió reconducir al país, no por vía de la violencia, al orden constitucional. Por aquel tiempo ya circulaba de modo clandestino el alegato de Fidel Castro *La historia me absolverá* con unas palabras introductorias sin firma al pie. Pero desde hace varios años se ha tenido que reconocer que el autor de ese escrito fue Jorge Mañach, importante dato que Salvador Arias debió anotar también.

Fue en agosto de 1956 que viajó a España, aquejado ya de un incipiente cáncer de estómago que finalmente lo llevaría a la tumba. Allí tuvo que someterse a una delicada intervención quirúrgica y continuó su labor periodística, al tiempo que denunciaba los atropellos del régimen batistiano, cuyo desplome final lo sorprendió en su apartamento de la calle Conde de Aranda número 11, Madrid, y no en París, como desliza Salvador Arias (p. 24). A esta capital se trasladó en el siguiente mes de febrero, solo por unos días, para exponer lo ocurrido en Cuba ante el Congreso por la Libertad de la Cultura, en la cual integraba su Consejo de Honor. Con sólidos argumentos demostró el necesario derrocamiento de la tiranía y la legitimidad de las nuevas autoridades cubanas. De ese modo logró que dicho Congreso lanzara una declaración oficial de saludo y apoyo a la Revolución. Era tan elevado su prestigio entre los cubanos exiliados en España, tanto del Movimiento 26 de Julio como del Directorio Revolucionario, que le propusieron ocupar el cargo de Embajador de Cuba en Madrid; pero él declinó con gratitud el ofrecimiento por no proceder del gobierno ya establecido en La Habana, ciudad a la que regresó, lleno de entusiasmo, unas semanas después. Se reintegró entonces al claustro de profesores de la Universidad y a través del espacio televisivo “Ante la Prensa” y de los artículos que dio a conocer, principalmente en *Bohemia*, ratificó en aquellos días su respaldo al proceso revolucionario.

De acuerdo con el criterio de Salvador Arias, “el margen que Mañach le dio a la Revolución para su desarrollo duró demasiado poco” y “entró en temprana contradicción con el gobierno revolucionario” (p. 25). Preguntamos nosotros: ¿Le dio demasiado poco margen a la Revolución? ¿Temprana contradicción? Cuando Jorge Mañach se marcha de Cuba, exactamente el 2 de noviembre de 1960, habían transcurrido nada menos que 22 meses desde el 1º de enero de 1959 y durante ese período radicales medidas habían sido tomadas por las nuevas autoridades: desde las leyes de Reforma Agraria y Reforma Urbana hasta la intervención por parte del Estado de numerosas fábricas y empresas y la confiscación de las propiedades de los que abandonaran el territorio nacional. Después del ascenso de los dirigentes comunistas a cargos relevantes y del creciente vínculo del gobierno con la Unión Soviética, la República Popular China, la República Popular Democrática de Corea y los países socialistas europeos, la deriva del proceso revolucionario cubano hacia el comunismo resultaba más que evidente. Y en aquella fecha otras muchas personalidades que en un principio habían respaldado con alborozo la victoria rebelde e incluso habían ocupado en el primer momento puestos de alta responsabilidad ya habían roto por completo sus lazos con la jerarquía revolucionaria. ¿Ejemplos? Desde Roberto Agramonte, José Miró Cardona y Rufo López Fresquet, quienes habían integrado el gabinete ministerial conformado tras la fuga de Batista, hasta los periodistas Miguel Ángel Quevedo y Antonio Ortega, directores, respectivamente, de *Bohemia* y de *Carteles*, para no mencionar a los comandantes Pedro Luis Díaz Lanz, Hubert Matos y Sorí Marín.

Por otra parte, después de analizar exhaustivamente todo lo ocurrido en relación con Mañach en aquellos tiempos de vertiginosos y trascendentales cambios, cabe preguntarse: ¿Fue Mañach quien “entró en contradicciones con el gobierno revolucionario”, como afirma injustamente Salvador Arias, o en realidad fueron numerosos y diversos elementos, incluso orga-

nizaciones, los que entonces, desde distintos ángulos, pero siempre en nombre del proceso revolucionario, se dedicaron a combatirlo sin piedad y sin tomar en consideración su prestigio intelectual, su sostenida labor en beneficio de la cultura cubana y su larga trayectoria política exenta de corrupción y de apoyo alguno a regímenes dictatoriales como los de Machado y de Batista? Bien podríamos extendernos en la respuesta a esta interrogante, pero por los imperativos del espacio tenemos que limitarnos a exponer los siguientes elementos esenciales: en septiembre de 1960 se le impuso a Mañach la jubilación forzosa como profesor de la Universidad de La Habana, sin que existiese una razón de peso que respaldara tal medida. En aquellos momentos el *Diario de la Marina*, en el que había tenido una columna fija, ya había sido clausurado, la Academia Nacional de Artes y Letras, la Academia Cubana de la Lengua, la Sociedad Cubana de Filosofía, la Academia de la Historia de Cuba y la Sociedad Económica de Amigos del País, instituciones a las que pertenecía, o habían cesado de funcionar o estaban a punto de caer en ese trance. La Universidad Católica Santo Tomás de Villanueva, donde había impartido varios cursos, a todas luces se encontraba cerca de ser intervenida. La emisora CMQ, que lo había tenido como colaborador fijo, pasaba a manos del Estado, al igual que *Bohemia*, y dejaban de imprimirse otros periódicos en los que hubiera podido publicar sus artículos: *El País*, *Prensa Libre*, *Información...* De modo simultáneo se recrudecen los ataques contra su persona, no solo desde las páginas de *Noticias de Hoy*, portavoz de sus antiguos adversarios, los comunistas, sino de *Lunes de Revolución*, donde intenta abrirse paso de un modo impetuoso una nueva hornada de escritores. En particular lo fustigan el poeta Heberto Padilla y el dramaturgo Antón Arrufat. Este último en el artículo “Las armas de la reacción”, que ve la luz el 7 de diciembre de 1959, después de llamarlo “uno de los más connotados conservadores cubanos”, sentencia: “Mañach es ya un escritor liquidado”.

Todas las puertas se le cerraban y, además, se le atacaba con saña, incluso sin que hasta ese momento



hubiese publicado una sola oración en contra del proceso revolucionario. En esa situación, y en contra de sus deseos, que eran los de permanecer en su patria, Mañach aceptó una invitación de la Universidad de Río Piedras, Puerto Rico, para impartir un ciclo de conferencias. Las razones de su partida resultan evidentes y, a nuestro entender, justifican a plenitud su determinación. Sin embargo, de acuerdo con el criterio de Salvador Arias, que ni de lejos compartimos, en ese proceder de Mañach “la egolatría desempeñó su papel” (...) “al no verse reconocido como él estimaba debía serlo (y que en gran medida merecía)” (p. 25). ¿Es que acaso tenía que resignarse a recibir golpes por todos lados sin chistar siquiera? ¿Qué escapatoria tenía? ¿Meterse debajo de la cama?

Una última rectificación: declara Salvador Arias que no pudo consultar los textos publicados por Mañach en *El País* entre 1926 y 1933 “por el estado en que se encuentran las colecciones de ese periódico existentes en nuestras bibliotecas” (p. 30). Nos parece que en realidad esta fue una disculpa fácil suya para justificar no haber acometido esa búsqueda, pues

todavía hoy, en 2015, aunque con mucha delicadeza, es posible revisar los ejemplares de ese diario, correspondientes a ese período, en la biblioteca del Instituto de Literatura y Lingüística, como prueba el trabajo que en la actualidad realizan otros investigadores.

Durante muchos años Salvador Arias ha desarrollado una muy seria y valiosa labor investigativa acerca de obras y autores cubanos. En particular sobresalen sus estudios acerca de *La Edad de Oro* y sobre la producción poética de José María Heredia y José Jacinto Milanés. También ha realizado compilaciones de textos de Alejo Carpentier. Esta que nos ofrece ahora de los escritos martianos de Mañach cuenta con un prólogo, o una introducción, que, a nuestro entender, por los señalamientos antes expuestos, no le hace justicia ni está a la altura de sus rigurosos estudios anteriores. De cualquier forma tenemos que agradecerle esta entrega que ha demorado, inexcusablemente, quince años en salir a la luz. Al final lo que valen son los textos de Mañach y la recuperación de una parcela de su poderosa, y aún vigente, obra literaria.

